

La Ciudad de la Pasión

"Si me olvidare de ti, Jerusalén, que mi diestra sea olvidada. Que se me pegue la lengua al paladar si no me acordare de ti; si no ensalzare a Jerusalén por encima de mi propio gozo...". Así resuena el salmo 136, remansando su eco en el corazón de los peregrinos que alcanzan la dicha de pisar los umbrales de la tres veces santa ciudad de Sión.

Porque santa es, ante todo, en el devenir de los tiempos, la *Yerushaláyim* bíblica, la ciudad bien compacta fundada sobre los restos de la vieja fortaleza jebusea de Salem, en la que David unió definitivamente el reino del Norte -Israel- y la Judea del sur. Una fortaleza conquistada y perdida sucesivamente por los hebreos a lo largo de la historia. Porque los argumentos culturales e históricos se acumulan para defender la originaria identidad judía de Jerusalén.

De entre todos ellos sobresale un argumento capital: ser sede del único Templo de todo Israel, en cuyo interior, y al exclusivo cuidado de los Sumos Sacerdotes, se alzaba el *Sancta Sanctorum*, la morada de la *shejiná* -la presencia divina-. Una de las siete maravillas de la antigüedad, levantado por Salomón para cobijar al Arca de la Alianza, allá por el 971 A.C., derruido por los babilonios y vuelto a reconstruir por Herodes; definitivamente destruido por Tito en el 70 DC, al final de la *guerra de los judíos*, que dispersó al pueblo de la Biblia por todos los confines del hasta entonces mundo conocido.

Sin duda alguna la presencia de Jerusalén en el corazón del judaísmo se ha debido a esa especialísima cualidad. Y el simbolismo jerosolimitano ha alcanzado tal grado que las plegarias de los servicios más solemnes de la liturgia hebrea han finalizado, a lo largo de veinte siglos y a todo lo largo y ancho del planeta, con una oración-promesa cuyo eje era la esperanza de volver a pisar la tierra prometida: *"El año que viene en Jerusalén..."*



Jerusalén desde el monte de los olivos. La Cúpula de la mezquita de la Roca y a la derecha las cúpulas del Santo Sepulcro

Carlos López Bravo

El Santo Sepulcro de Jerusalén

Carlos López Bravo

Pero la urbe es también, desde el siglo VI de nuestra era, la tercera ciudad santa musulmana, tras la Meca y Medina en Arabia; porque *Al-Quds*, así nominada en lengua árabe, fue la urbe de la *"mezquita más remota"* desde la que el profeta Mahoma escaló hacia el cielo para recibir la consagración como Profeta. Un lugar identificado con la zona más alta del Templo judío, donde se habría celebrado mu-

chos siglos antes el sacrificio de Isaac. La *Al-Quds* palestina ha legado otra cultura y otra forma de vida. Así lo testimonian sus más hermosos tesoros: las mezquitas de Omar y Al Aksa, levantadas en la explanada más disputada de la historia de la Humanidad. Un lugar de sobrecogedora belleza y de fortísima huella religiosa: el eco de tanta grandeza embarga el corazón de cualquier creyente cuando el sol crepuscular

baña la cúpula dorada de la Roca.

Y es al fin Jerusalén la ciudad santa de la Cristiandad, la que acogió entre sus viejas piedras los episodios más trascendentales de la infancia, juventud y vida pública de Jesús de Nazareth. Ella es símbolo de la ciudad celestial cantada por Isaías. Y por siempre ha sido meta del peregrinar cristiano, y ¿cómo obviarlo? de crueles luchas terrenas por implantar un reino de Cristo en la tierra. Sus murallas envuelven para siempre la Via Dolorosa, la Fortaleza Antonia, el Monte Calvario y el Sepulcro: es la Jerusalén de la Pasión y Resurrección de nuestro Señor.

Esa triple conjunción de la ciudad histórica, porque la moderna ha crecido atropelladamente hasta extenderse por las colinas de Judea, la hace ser una ciudad complejísima desde el punto de vista cultural y aún urbanístico. En las etapas de tensión y violencia aflora la confrontación cultural y social entre israelíes y palestinos. En las etapas de calma el convivir diario de su bifronte ser aparece entremezclado con un flu-



Carlos Lopez Bravo

Basilica del Santo Sepulcro. El anillo de plata que señala el emplazamiento de la Santa Cruz en el Monte Calvario.

jo variopinto de peregrinos y turistas de toda suerte y condición.

Ese es el contexto de toda visita, y ese es el ambiente que encuentra el peregrino cuando camina hacia el Santo Sepulcro cargando con la escueta cruz que se reparte para los viacrucis públicos. Porque el peregrino católico -léase ahora cofrade-, que pudiera haberse hecho la idea de que los lugares santos de la pasión rezuman *catolicidad* por todas sus piedras, se encuentra con una realidad bien distinta, a veces indiferente, a veces cruel e incluso desgarradora. Y en su recorrido se cruzará cara a cara con una amalgama de mercaderes palestinos, monjas ortodoxas rusas, rabinos *ashkenazies*, soldados israelíes, popes griegos, monjes coptos, jóvenes estudiantes de una *yeshiva* sefardí, peregrinos ortodoxos rumanos, católicos indonesios e incluso con un colorista y ruidoso grupo de la iglesia episcopaliana. Nada del fervor cofrade de la muy tradicional y católica Sevilla. Jerusalén requiere permanentemente de una completísima guía de información, con especiales apartados dedicados a las tres grandes religiones monoteístas, y a todas sus iglesias, ritos y confesiones. Pero sobre todo requiere tener bien abiertos los ojos interiores, los del espíritu, para empaparse de la fe común en un sólo Dios: un *milagro ecuménico* que parece obrarlo la sola estancia en esta Ciudad, la que más creyentes y más cultura religiosa acumula por me-

tro cuadrado.

Quisiera ahora recorrer con vosotros esas huellas de la Pasión del Señor, lejos de nuestros guardabrisas, de nuestros montes de claveles y canastillas doradas. Porque esa ciudad mítica que recreamos con esplendor barroco en nuestros pasos de misterio, sigue estando escondida bajo las piedras de esta Jerusalén moderna y contradictoria, sobreviviendo entre las ramas de olivo y los fusiles de la *intifada*.

La Basílica del Santo Sepulcro

En cinco espacios o barrios de la ciudad se concentran los recuerdos de la Pasión. A saber: el jardín de Getsemaní, y por extensión todo el monte de los olivos; el Monte Sión, donde

se conserva la estancia del Cenáculo y los restos del palacio de Caifás; el barrio musulmán de la ciudad vieja, donde se localizan, bajo conventos e iglesias, los restos de la fortaleza Antonia y el pretorio -sede del procurador Pilato-; y por último la Vía Dolorosa, que conduce desde el pretorio al Calvario y el Santo Sepulcro. Recorrerlos todos ellos excede la disponibilidad de estas líneas, por lo que nos hemos de limitar al que constituye para nosotros el más santo de los lugares de la tierra.

Al Santo Sepulcro se accede de manera casi imperceptible. El caminar por el entramado de calles tortuosas del sector palestino de la ciudad intramuros nos conduce hasta el barrio cristiano, sin que arquitectónica o ambientalmente se pueda trazar ninguna diferencia. La Vía crucis atraviesa ambos barrios, entre la algarabía característica del zoco de cualquier población árabe. Dejando atrás el *muristán* u hospicio



La Roca del Calvario visible en el altar de la Crucifixión

Carlos Lopez Bravo



Altar del Stabat Mater en el Monte Calvario.

persa, se accede a un patio de acceso de proporciones estrechas y con escasa perspectiva. He aquí la portada principal del más venerado templo de la Cristiandad: una fachada escueta, tosca, desnuda de decoración, con una torre muy alterada en su factura, aparentemente inacabada. Y una cúpula metalizada gris oscura, de fealdad apenas encubierta, como contraste a la dorada cúpula de la mezquita de la Roca.

Pero he ahí que ante tan sobria y escasa monumentalidad se agolpan las ilusiones felizmente colmadas de los miles de peregrinos cristianos de todas las iglesias y confesiones cristianas de la tierra. Y así ha debido ser a lo largo de los siglos. Nada tiene pues de extraño que las relaciones entre las seis comunidades cristianas que comparten el lugar se regulen muy estrictamente por medio de un convenio jurídico. Nada de extraño que las llaves de la Basílica las conserve y las custodie una familia musulmana, y que sea otra familia islámica la que se encargue cada amanecer de abrir las puertas del templo, en presencia de sus tres sacristanes: el franciscano, el greco-ortodoxo y el armenio.

ristía que oficie el padre franciscano se excede en cinco minutos llega a superponerse con una procesión de los armenios, con fascinante sabor oriental. Hasta el patio de entrada, de enormes losas de piedra que se remontan a la época cruzada, es compartido por el convento greco-ortodoxo de San Abraham, y sucesivas capillas armenias, coptas y griegas. En la fachada basilical una escalera -utilizada como inmejorable plataforma fotográfica de turistas y peregrinos- conduce a la Capilla medieval de los francos.

Pero a pesar de tanta profusión de historia religiosa (o tal vez

Porque en la Basílica del Santo Sepulcro se comparten no sólo responsabilidades entre los sacristanes y los guardianes de las llaves, sino entre las seis Iglesias cristianas que se reparten altares y dependencias en torno al Monte Calvario y la Tumba de Cristo. Sólo los privilegios históricos determinan la mayor o menor presencia de las confesiones. Las tres Iglesias más poderosas -la Ortodoxa griega, la Católica romana y la Armenia- celebran sus ritos con esplendor en los lugares más sacros. Las tres más humildes -la Iglesia Siria, la Copta o Egipcia y la Etíope- se disputan las estancias residuales, las azoteas, las traseras de los grandes altares. Las iglesias protestantes no han llegado nunca a poseer lugares santos. El convenio regula pormenorizadamente ritos y horarios. Y si la Eucaristía

por ello), la razón nos conduce inevitablemente a la duda: ¿qué puede haber aquí de auténtico después de tantos siglos de avatares humanos? ¿estamos realmente ante el Calvario y el Sepulcro? Afortunadamente la más moderna arqueología científica ha venido a unirse en el siglo XX a los testimonios históricos más contrastados para afianzarnos en la autenticidad del lugar.

Cuando en el año 135 de nuestra era el emperador Adriano reconquista Jerusalén -tras la corta y triunfal insurrección judía de Bar-Kochbá- ordena arrasar la ciudad y extirpar cualquier recuerdo hebreo. Sobre las ruinas construye una nueva ciudad exclusivamente romana -Aelia Capitolina-. El cristianismo hacía ya prosélitos en el Imperio, y Adriano también quiso borrar de la faz de la tierra los lugares venerados por los llamados cristianos. Concretamente sepultó con toneladas de tierra el monte Calvario y la tumba de aquel conflictivo profeta al que algunos fanáticos consideraban resucitado. Con la técnica de la superposición religiosa -tan usada a lo largo de la historia- edificó encima un templo dedicado a la tríada capitolina (Júpiter, Juno y Minerva). Los dioses de Roma se asentaban por siempre triunfales no sólo sobre el Judaísmo sino también sobre aquella incipiente religión que había nacido como apéndice. El montículo llamado calvario fue colmatado y en su cúspide se erigió un templo a Venus. Judea cambió su nombre por Palestina. Los judíos estarían vedados en la nueva Aelia Capitolina, al igual que los cristianos. Era el triunfo del paganismo romano.



La losa del Santo Sepulcro.

Apenas doscientos años más tarde el Imperio, con su capital trasladada a Constantinopla, abraza oficialmente la fe cristiana. Y en el 325, en el Concilio de Nicea, la madre del emperador Constantino -Elena- es informada por el obispo de Aelia, de nombre Macario, de la existencia de los lugares sacros bajo los templos de Adriano. El ensañamiento pagano hacia el cristianismo dio justamente el fruto contrario, y la roca del calvario, la del sepulcro y la santa vera-cruz se localizan y desentierran hacia el 326 de nuestra era.

De aquella *invención de la Santa Cruz* a cargo de Santa Elena surge la primera Basílica. El Emperador Constantino no repara en gastos y ordena a sus arquitectos palatinos Cenobio y Eustaquio dar un aspecto monumental a la tumba, que fue aislada con una construcción de planta redonda llamada precisamente *Anástasis* o lugar de la Resurrección. El monte Gólgota, del arameo *Gulgoleth* -cráneo-, fue recortado en forma cúbica y rematado con un tabernáculo rematado en cruz. Al este se erigió la basílica de cinco naves, con una cripta dedicada al hallazgo de la Vera Cruz.

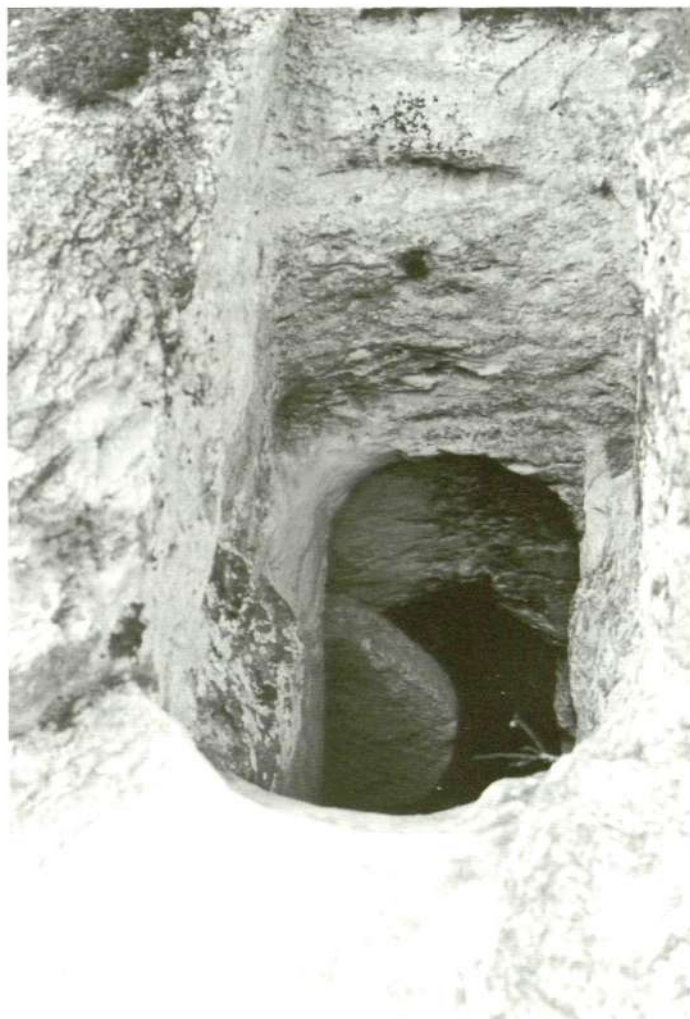
La Basílica constantiniana, finalizada en el 335, fue destruida por los persas en el 614. En las dos décadas siguientes fue reedificada por el abad Modesto, hasta el año 1009 en que sufre la segunda destrucción, esta vez a manos del califa fatimí Al-Hakim. Nuevamente reconstruida por el emperador Constantino Monómaco, fue engrandecida y embellecida por los cruzados, que la dotaron interiormente de un esplendor magnífico. La Iglesia cruzada, consagrada en 1149, se mantuvo prácticamente intacta hasta 1808 en que un incendio fortuito la afectó gravemente. Su reconstrucción, a cargo de los greco-ortodoxos, le otorga su imagen actual.

Pero tras pasemos ya el umbral de la Basílica: la Piedra de la Unción nos recibe. Esta larga piedra de caliza rosa, que sobresale en el suelo, constituye el lugar de la decimotercera estación: Jesús es bajado de la Cruz. Se trata del lugar donde el cuerpo muerto de Nuestro Señor fue ungido con bálsamos y perfumes, y envuelto en la Sábana. Al lado derecho unas empinadas escaleras conducen a los altares contruidos sobre la cima del Calvario. Toda la historia de la salvación se localiza en aquellas piedras, hoy parcialmente ocultas por la suntuosidad de las dos capillas.

La Capilla de la Crucifixión, perteneciente a la Iglesia Católica, sobre la cima del monte que se puede contemplar a través de una mampara de cristal. Un mosaico representando la crucifixión preside el altar, que también conmemora el lugar en que Jesús fue despojado de sus vestiduras. Pero la emoción se desborda a unos cuatro metros a la izquierda: ante el altar de la Capilla del Calvario, perteneciente a los ortodoxos griegos. El ara se sitúa exactamente sobre unas hendiduras en la roca en las que se alzó la Cruz de nuestra salvación.

Una mampara de cristal permite contemplar la roca desnuda, y una oquedad bajo el altar, recubierta de un anillo de plata, hace posible tocar y venerar la piedra sagrada. Los iconos griegos que representan la escena del gólgota y las lámparas votivas ortodoxas revisten suntuosamente este veneradísimo lugar. La Madre Dolorosa, representada en una hermosa imagen de origen lisboeta, se venera en el altar denominado del *Stabat Mater*.

Del Calvario al Sepulcro median unos escasos cuarenta metros. Todo el conjunto basilical gira en torno a la antigua tumba excavada en la roca que fue propiedad de José de Arimatea, hoy visualmente irreconocible bajo el conglomerado arquitectónico. Un monumental edículo, el *Anastasis* de Constantino, cubre la tumba sagrada. Una antecámara, llamada capilla del Ángel para recordar al que anunció la buena nueva a las mujeres, predispone al recogimiento y la oración en el encuentro con la cámara mortuoria. El pequeño recinto, en el que apenas si caben dos personas, iluminado por lámparas de plata de todas las comunidades cris-



Tumba judía excavada en la roca, datada en la época de Cristo. Se cubre con una rueda de molino.

tianas, contiene una losa marmórea bajo la que se encuentra el Sepulcro de Jesús: es el lugar del triunfo definitivo de la vida sobre la muerte, el espacio que fue testigo del gran acontecimiento de la historia, el que da sentido a nuestra fe.

BIBLIOGRAFÍA

Joachim JEREMIAS, *Jerusalén en tiempos de Jesús*. Ed. Cristiandad, Madrid 1977.

Werner KÉLLER, *Historia del Pueblo Judío*. Ed. Omega, S.A., Barcelona, 1969.

B. OBERLÄNDER, *Jerusalén*. Orbis, Madrid 1985.

D. OGRIZEK, *Tierra Santa*. Edic. Castilla, Madrid, 1958.

Antonio SALAS y A. MANRIQUE, *Guía del país de Jesús*. Ed. Biblia y Fe, Madrid, 1976.